

III. RESEÑAS Y NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MOLINA, GERARDO. LAS IDEAS SOCIALISTAS EN COLOMBIA 1a. edición Bogotá, Tercer Mundo, 1987, 360 páginas

Después de agotar el tema sobre las ideas liberales en Colombia, en donde distinguió entre el liberalismo aristocratizante, el liberalismo burgués y el liberalismo socialista, Gerardo Molina se movió un tanto a la izquierda, y ya no abrigó más ilusiones en las posibilidades de un transcrecimiento del partido liberal hacia el socialismo, ni mucho menos, de la conformación de una corriente revolucionaria y socialista en su interior. Ya en el Breviario de Ideas Políticas, había cortado sus lazos con el Partido Liberal y había abrazado ideas socialistas, en las que incluyó las reservas con respecto al socialismo europeo, tipo Mitterand o Felipe González, y, en general, a toda la socialdemocracia europea. Su socialismo tendría una raigambre más popular, menos aliada a intereses burgueses o de empresarios, menos comprometido con el statu quo. Fue la época de lanzamiento del movimiento Firmes, y el llamado a diferentes sectores para que adhirieran a sus tesis. Los liberales, como Enrique Santos, Daniel Samper, y más adelante, Alvaro Tirado y Jorge Orlando Melo, fijaron la mirada en las propuestas de Molina y se retiraron, unos hacia el tronco de donde habían salido, otros hacia el tronco que siempre habían tenido como referencia. Entonces llegaron otros para quienes las ideas de Molina sonaban todavía muy cargadas de europeísmo, los Toledo Plata y otros, que también abandonaron el barco porque no estaban dispuestos a llevar a cabo una confrontación de ideas y

preferían adoptar la crítica de las armas en lugar de las armas de la crítica. Otros que llegaron, en el plan de empujar más hacia el marxismo la fuente de ideas proveniente de Molina, se retiraron decepcionados ante la reticencia del Maestro por adoptar el esquema de la revolución proletaria.

Los acontecimientos del gobierno de Betancur, y de los comienzos del gobierno de Barco, han revelado que Molina es lo que se ha denominado en la jerga política, “una personalidad democrática”, un justo medio entre dos extremos, un enemigo de la violencia, de la violación de los derechos humanos, un fiel observante de las libertades civiles. Estas ideas fundamentales, sin embargo, no sirven por sí mismas para llevar a cabo una acción política práctica, que se nutre de otros componentes, de esguinces tácticos, de adaptaciones y vericuetos que a veces se apartan, así sea temporalmente, de los principios. Por esa razón, Molina regresó a su campo, en donde se encuentra mejor dispuesto, la lucha ideológica, y reivindica su alejamiento del liberalismo y su convicción de un socialismo, esta vez más cercano del de Mitterand o Felipe González. De manera más explícita, abre fuego contra el postulado marxista de la lucha de clases y la preminencia del proletariado industrial en el capitalismo. Molina apela a las clases medias, se acerca a Teodoro Petkoff y su crítica de la izquierda revolucionaria, acoge en su seno las ideas de Antonio García y Fals Borda, asume a Gaitán como una guía segura y olvida los juicios que sobre el caudillo liberal había emitido en ese período. Algunos cambios se han producido en el pensamiento de Molina, desde las Ideas Liberales en Colombia. Su apreciación sobre los radicales ha variado un tanto, y se ha matizado con la constatación de elementos contradictorios en su seno. La apología hecha a Rafael Uribe Uribe a propósito de su tesis sobre el Socialismo de Estado ya ha bajado de tono, al verificar que se trataba de una formulación que no comprometía el nervio básico de la ideología uribista, de defensa de los intereses cafeteros de la época. La Revolución en Marcha, que ha encontrado la máxima expresión del panegírico en la obra de los historiadores comunistas como Medófilo Medina, ya es observada con un tinte de reserva en Gerardo Molina, que la considera ahora un intento fallido de equilibrio social y político, desde los intereses de la burguesía y no desde los intereses de la clase obrera, como en la obra de Medófilo Medina y Edgar Caicedo.

Qué tanto sigue atado Molina al liberalismo como programa, no es difícil determinar, si observamos que en Las Ideas Liberales en Colombia intentó relevar los aspectos socializantes de Murillo Toro, Uribe Uribe y López Pumarejo, y en Las Ideas Socialistas en Colombia se propone mostrar la influencia del ideario socialista en

el seno del liberalismo, aunque trata in extenso el tema de los orígenes del movimiento socialista obrero, apartado del liberalismo. Este socialismo es, sin embargo, un fenómeno reciente, del Siglo XX, y cuando Molina intenta mostrar los gérmenes del socialismo en los siglos anteriores, tiene que reivindicar básicamente al liberalismo, y retoma la diferenciación entre los virreyes progresistas y los terratenientes, la pugna entre Bolívar y los propietarios de tierras, la de Santander con otros, la de Murillo Toro con los Samper. Todo esto, además de parecer una nueva versión de la vieja tesis de Liévano Aguirre sobre el carácter progresista de los estatistas y el carácter regresivo de los partidarios del laissez-faire, revela el apego de Molina al esquema que contraponen intervencionismo de Estado, igual socialismo, contra liberalismo económico, igual fortalecimiento de los gremios económicos. Finalmente, se trata de aquella pugna entre el Estado y la Sociedad Civil que data de las polémicas de los mercantilistas y los economistas clásicos, del absolutismo contra el liberalismo, del Derecho Divino contra el Derecho Natural, revividas luego por la andanada de Keynes contra los clásicos o de Leon Duguit contra los iusnaturalistas. El intervencionismo de Estado, es sabido, fue el marco de la política económica de los gobiernos laboristas en Gran Bretaña, y de la socialdemocracia en el resto de Europa, porque proveía la fórmula de preservar el equilibrio social a través de una participación de los beneficios del capital para los trabajadores. De la misma manera, el Derecho Positivo de Duguit sirvió para entronizar el fortalecimiento de las instituciones del Estado y el desquebrajamiento de la teoría del Pacto Social en favor de la tesis sobre la discrecionalidad del gobernante en sus decisiones, las que no necesariamente deben consultar el sentir de los representados. Molina se inscribe en esta línea cuando acepta, con Liévano Aguirre, que las ideas de Bolívar son progresivas en lo que se refiere al fortalecimiento del Estado, lo que tenía que ser, por la fuerza de las cosas, enemigo de los grupos y personas privilegiadas. Pero, en esta tónica, Molina tiene que ser más consecuente que Liévano, y aún más que su libro anterior, *Las Ideas Liberales en Colombia*, y debe pasar a la defensa de Santander, el primero entre todos los estatistas. Con Mosquera, en cambio, no es tan benévolo, por haber contado con el portavoz del librecambio, el Secretario de Hacienda de don Tomás Cipriano, Florentino González. Partidario del proteccionismo y acérrimo enemigo del librecambio, Molina sólo acepta a la fracción draconiana del liberalismo, a José Hilario López, Obando, y, sobre todo, Melo. Dos autores que no forman parte del liberalismo y que, en cierto sentido son antitéticos en su pertenencia política, Joaquín Pablo Posada, el editor de *El Alacrán*, que parece ser el primero que expuso el socialismo en su forma plebeya, de un lado, y Manuel María Madieto de otro, son tratados con acierto por

Molina. En el primer caso, el hijo del General Posada Gutiérrez, tan conservador y clerical, se pasó a la defensa de los pobres y merece ser tratado como el Babeuf colombiano. En el segundo caso, el de Madieto, es cierto que se trata de una combinación de populismo, socialismo conservador y clericalismo que no tuvo gran alcance en ninguna formación política, debido a su eclecticismo.

La senda se pierde, sin embargo, para Molina, cuando se trata de Núñez, a quien le caben todas las contradicciones, desde la de haber sido el promotor de la desamortización de bienes de manos muertas, y de padre de la Regeneración. El clericalismo senil de Núñez no puede gustar a un partidario del libre pensamiento como Molina. Pero, desde Núñez, parece que el pensamiento socialista se hubiera perdido en el liberalismo y que sólo hubiera repuntado en las formaciones que dieron lugar, en la década de los veinte, al PSR. No tiene en cuenta que la hegemonía conservadora es, precisamente, la égida del proteccionismo, como bien lo subraya Ospina Vásquez. Porque Molina no puede conceder al conservatismo ninguna gabela en torno a la existencia de corrientes más progresivas, o menos regresivas, que otras; para él, sólo el liberalismo es susceptible de generar estas corrientes, mientras el conservatismo sólo puede excretar la reacción y el pensamiento de derecha.

En esencia, el libro de Molina trata de cómo el socialismo ha influido sobre el liberalismo, y su propósito es el de mostrar la vía de comunicación entre ambos, consecuente con la apreciación de Harold Lasky, fundador del laborismo inglés, para quien el socialismo es la ampliación de las ideas liberales hacia la defensa de los trabajadores y no es el movimiento de los trabajadores hacia el poder. La mirada se traza al revés del marxismo, para quien los obreros son desposeídos, y son los portavoces de una nueva sociedad, porque en la fórmula laskiana, el liberalismo, que tiene tantos años en el poder, debe tender su mano hacia los desposeídos, y así se logrará más fácilmente el socialismo. No se puede negar que la fórmula resulta mucho más práctica que la del marxismo, en términos de la cercanía entre el poder y las clases desposeídas, que se haría mayor si desde el poder se abriera una esclusa para los pobres. Habría que auscultar la historia y preguntar si la fórmula ha sido válida en Inglaterra, Francia o España, y si el poder puede ser neutral con respecto a la clase dominante. Para Molina, el poder político es neutral y esta característica se acentúa en la medida en que el Estado tiene mayor fuerza de intervención. Al crecer el Estado en sus funciones y su cometido, las clases poseedores y privilegiadas se debilitan, y en lugar de El Leviatán verán emerger un Demiurgo bienhechor que esparcirá su cornucopia a la población más necesitada. En

toda su argumentación, Molina muestra que sus ideas no tienen nada que ver con el marxismo, sino con una concepción del liberalismo, la del Estado del Bienestar, la de Keynes y Prebisch, la de Lleras Restrepo y López Michelsen, la de Agudelo Villa y Hernán Toro Agudelo. Pero, no es cierto que Lleras Restrepo, con todo su bagage prebischiano y López Michelsen con su credo estatalista apoyado en la obra de Liévano Aguirre, han sido los primeros en lanzar el neoliberalismo económico en Colombia, y se han adelantado a los conservadores en este aspecto? Acaso el Estado Intervencionista no da pie a la conformación de un aparato autoritario que bien puede prescindir de su participación en la economía, precisamente para fortalecer aún más los aparatos represivos de la Policía, el Ejército y la Justicia? Se puede hablar de debilidad del Estado en la actualidad, porque el Estado intervenga menos en la economía y privatice incluso empresas que debían pertenecer a sus funciones, cuando es más fuerte la labor de los gobiernos en favor de la militarización y la represión? Defender en abstracto el fortalecimiento del Estado no necesariamente choca con los presupuestos del conservatismo o de los liberales monetaristas. En este sentido, es más clara la formulación de Andrew Gamble en su artículo "Estado Fuerte y libre mercado", en el que muestra que precisamente es el desmonte de la intervención económica del Estado la premisa de un fortalecimiento del Estado autoritario, y que las funciones económicas y las funciones políticas del Estado han cambiado de signo. Ahora el signo + se coloca sobre las funciones políticas y el signo - en las funciones económicas, pero el poder del Estado se mantiene en los mismos términos, y sólo ha cambiado el acento.

La confrontación que Molina busca entre liberalismo con posibilidades de excretar o asimilar el socialismo y el conservatismo reaccionario en toda la línea, sobre el eje de la intervención o no del Estado, lo convierte de nuevo en un ideólogo progresivo del liberalismo, que aún no rompe con sus postulados básicos y, por el contrario, los acepta. Es la vieja aspiración de las clases medias y sobre todo las más ilustradas, las que pertenecen a la intelectualidad, la de ser un mediador entre el poder de la plutocracia y los pobres, el de lograr una democracia por la vía más fácil, el entendimiento entre todas las clases. Convertirse en un "algodón entre dos cristales", como ha pretendido la socialdemocracia europea, y conciliar los intereses antagónicos, puede ser un viejo anhelo de las clases medias. Lo es más el de convertirse en los árbitros de la sociedad, puesto que los intelectuales, se supone, conocen los presupuestos económicos, políticos y sociales de una nación, mejor que los ricos, demasiado ocupados en su riqueza, y los pobres demasiado agobiados por la penuria. Molina le da la razón de ser histórica a esta clase media intelectual que espera su

oportunidad en la conducción de la nación. Marx lo clasificaría entre los socialistas utópicos, junto con Saint Simon, con Owens y Fourier. Nosotros lo consideramos como el más autorizado vocero del liberalismo progresista, pero dudamos que tenga muchos seguidores entre el liberalismo, si sus discípulos más cercanos, Tirado Mejía y Melo han preferido la sobra del poder a luchar por él, es decir, han preferido prestar su inteligencia a la clase dominante en lugar de luchar por su propia clase media.

LIBARDO GONZALEZ

ALFREDO VAZQUEZ CARRIZOSA. *EL PODER PRESIDENCIAL EN COLOMBIA*. EDICIONES SURAMERICA LTDA. LIBRERIA NORTE, BOGOTA, 1986, 524 Páginas 3a. Edición aumentada.

El excanciller Vásquez Carrizosa ha profundizado su alejamiento del Partido Conservador, al que lo ataban lazos atávicos y con el que estuvo comprometido en todo el período de la hegemonía conservadora y el Frente Nacional. Tal ruptura puede tener varias explicaciones, pero es importante reseñar que no se trata del único caso en el que un miembro del Partido Conservador, y concretamente de la fracción antiguamente llamada laureanista, toma actitudes cada vez más liberales. Para citar un ejemplo reciente, Belisario Betancur proviene de la estirpe más cercana a Laureano Gómez, y sus actuaciones en el gobierno contaron, precisamente, con la oposición decidida del alvarismo. Otros han llegado a parar a las filas del Partido Comunista, como en el caso de Manuel Bayona Carrascal.

En lo que respecta al libro escrito por Vásquez Carrizosa, interesa sobre todo identificar la nuez de su argumentación, y su eje central en la interpretación de la historia política de Colombia.

Subraya Vásquez Carrizosa que en Colombia, desde la época de Bolívar, se ha entronizado en el país el poder del presidente sobre los demás órganos del poder. Después de un recorrido por el Siglo XIX en el que pocas cosas significativas se anotan con relación a otros trabajos de historia, el autor desemboca en Reyes y su importancia en el manejo de la política desde un punto de vista pragmático, así como del de un conciliador entre los dos partidos.

Ausente de caracterizaciones en el análisis sobre el Siglo XIX, ya en lo que respecta al Frente Nacional, y ante todo a los